

Ibérico (fig. 4).

Púnico.

Romano.

Y, dentro de esta clasificación, por materiales y hasta por técnicas y yacimientos, de cada uno de los cuales debe hacerse una *ficha* tan completa como sea posible.

Criteriología de clasificaciones.—Para que podamos asegurar que una pieza de sílex constituyó una herramienta humana es preciso que descubramos en ella las tres condiciones que señala la figura 1: A, B, C y C'. Sin esas tres características serán lascas producidas fortuitamente, pero dudosas de poseer intencionalidad humana; serán, seguramente, restos del taller, primeras materias, desechos de la industria, etc., pero no herramientas.

La cerámica auténtica prehistórica no se construía a torno, que representa un proceso avanzado de la industria; su cocido no era uniforme, y lo revelan el grosor de las paredes y la diferente coloración de las mismas.

Los huesos, que fueron herramientas, están pulidos, aguzados, cuidados, perforados y adecuados para manejarlos sin peligro; los que se presentan solamente rotos, partidos o astillados, lo fueron buscando el tuétano, alimento preferido del hombre prehistórico (fig. 3).

Las pinturas rupestres, para ser tales, han de encontrarse en sitios donde la roca del suelo se presente pulida por el roce de pies y posaderas, generalmente escondidas bajo capas de concreciones calizas cuyo estudio se facilita con el mojado y poseer cierta técnica.

En fin, la propia marcha de la actividad abre insospechados caminos.

Para terminar digamos que, construidas unas cajas tecnológicas, una pequeña vitrina o, simplemente, un "pañó de pared recoleta", es buen sitio

para exhibir estos restos al curioso visitante y al didacta consciente.

Y ¿qué aplicación puede hacer la Escuela de estas actividades? Se nos ocurren las siguientes:

Lecciones **magistrales**, ante, en y por los restos encontrados; su uso, valor y progreso de técnica.

Lecciones de **destrezas**, buscando, recogiendo, recomponiendo, adecuando y clasificando el material.

Lecciones de **técnicas**, aplicando a dicho material la comparación con la actual industria humana.

Lecciones **ocasionales**, en y por los hallazgos.

Lecciones de **formación**, cultivando el amor entre los hombres al constatar el esfuerzo de quienes nos precedieron.

Y ponemos aquí punto final, pues **escribimos** para quien sabe más que nosotros.

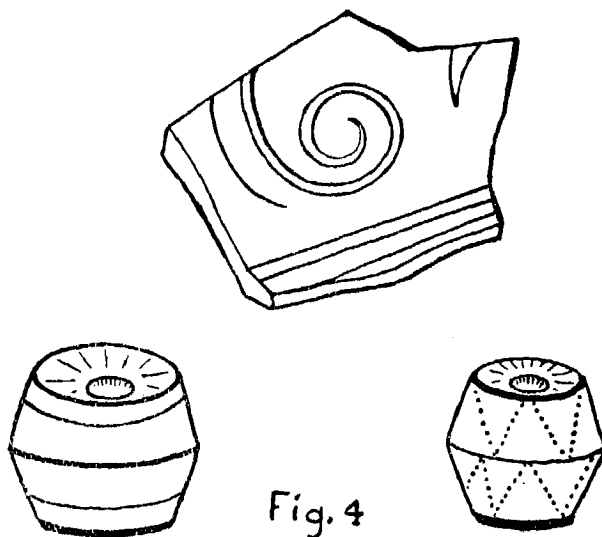


FIG. 4.—Cerámica decorada de tipo ibérico, generalmente de color rojo claro y los dibujos, de ocre más oscuros. Dos fustayolas con sencillas decoraciones. Tamaño natural.

LIBROS DE TEXTO, DE TRABAJO, DE LECTURA Y DE CONSULTA EN LA ENSEÑANZA ESCOLAR DE LA HISTORIA: CONDICIONES Y EMPLEO

Por JOSE COSTA RIBAS
Inspector de Enseñanza Primaria de Albaladejo.

El problema del libro como auxiliar del maestro en la enseñanza de la Historia no difiere substancialmente del problema que plantea esta misma cuestión con respecto a la enseñanza en general. Tiene, sin embargo, un matiz específico, que es el que procuraremos dilucidar en este trabajo con nuestra mejor voluntad.

Aunque en ocasiones no resulte fácil distinguir el uno del otro, para mayor claridad en la exposición estudiaremos por separado el libro de texto, el de trabajo, el de lectura y el de consulta, haciendo algunas consideraciones sobre el empleo de cada uno de ellos.

Libro de texto. Entendemos por tal el que utiliza el alumno para fijar en su mente los conocimientos que previamente le han sido explicados por el maestro. Este explica la lección; el alumno acude después al texto donde encuentra resumida la explicación del maestro y por repetidas lecturas aprende las nociones que le han sido presentadas.

La Historia es una disciplina que, a nuestro entender, se presta de un modo muy particular a ser estudiada por el alumno en el texto correspondiente. Cuando los programas y los cuestionarios han sido elaborados con el debido respeto al criterio psicológico —que es el que nos dice en todo momento la parte y los aspectos de la materia que el niño es capaz de asimilar— esta asignatura no suele ofrecer graves problemas de comprensión. Los hechos históricos suelen ser gratos al discípulo que los asimila y aprende con relativa facilidad. La Historia, por tanto, en su parte narrativa, parte muy importante, sin duda, es muy asequible al escolar primario. La memoria juega un papel muy importante en este aprendizaje y se facilita extraordinariamente con el libro de texto.

Pero sabemos que la Historia no es solamente narración. Es también una ciencia que investiga los hechos en sus orígenes, relaciones y consecuencias. La Historia, bien enseñada, germina sentimientos; es estímulo y sugerencia para la acción y la inhibición; ejemplo que atrae y advertencia que inhibe. Y esto, que es muy importante, el niño lo aprenderá difícilmente en su libro de texto.

El texto puede enseñar al niño los hechos acaecidos a lo largo de los tiempos. Obtendrá con él una especie de mosaico histórico que en el aspecto instructivo sería casi suficiente. Pero la ligazón de unos hechos con otros, las relaciones de causa a efecto, el matiz de ejemplaridad que se persigue con la enseñanza de esta disciplina..., todo esto lo aprenderá difícilmente el discípulo en su libro de texto, porque por escrito se explica con dificultad, requiere mucho espacio y no suele aprenderse bien en los libros.

Bien está, pues, que se utilicen los libros de texto en la enseñanza de la Historia. Al maestro le facilitan extraordinariamente su labor. Le sirve de guía, de programa y, en muchas ocasiones —incurriendo en abuso— suple la antipática y fatigosa preparación de lecciones. Le proporciona un programa desarrollado de la disciplina, completo y sistemático, gracias al cuidado que ha tenido el autor de adaptarlo a los cuestionarios y normas didácticas establecidas.

También al alumno le es beneficiosa su utilización. El libro de texto le permite continuar el proceso discente en ausencia del maestro. Facilita, por tanto, el trabajo autónomo, circunstancia muy apreciable en la escuela primaria y de un modo especialísimo en la de maestro único. Facilita, asimismo, el estudio sistemático y concentrado, y el control del rendimiento, tanto individual como colectivo.

El libro de texto es, por todo ello, un instrumento muy estimable en la enseñanza. Pero tiene una serie de riesgos en los que se incurre —justo es consig-

narlo— con una excesiva frecuencia. El uso tan exclusivo que se hace, en muchas de nuestras escuelas, del libro de texto, casi siempre en forma de «enciclopedia», suele conducir inexorablemente a la rutina, al tedio de alumnos y maestro, a la muerte de la escuela como tal escuela, que es, por definición, «comunidad activa de maestros y alumnos». Utilícese en buena hora el libro de texto como auxiliar; será de mucha utilidad, como hemos visto, en el aprendizaje de hechos, datos, sucesos... Pero no descuide el maestro la otra parte: el aspecto formativo, educativo, que debe presidir la enseñanza de todas las asignaturas y muy especialmente de la historia, por su carácter esencialmente humanístico. Esta es labor personal, propia y exclusiva del maestro, que en esta tarea es irremplazable e insustituible.

Libros de trabajo. Son también auxiliares de la enseñanza, pero en un sentido muy distinto al de los libros de texto. Están inspirados en los principios de la autoactividad y el redescubrimiento. Pretenden que el alumno sea realmente el principal agente de su propia formación.

En los libros de texto lo principal es el contenido; en los de trabajo, el camino a seguir para encontrar este contenido y asimilarlo convenientemente. No se consignan en ellos datos y hechos, pero provocan en el alumno la necesidad de aprenderlos y le muestran el camino para llegar a ellos.

La historia de la localidad donde radica la escuela, pongamos por caso, es el tema de estudio. Pero esa historia está por hacer. Mediante cuestionarios y preguntas hábilmente formuladas, y siempre controlados, dirigidos y encabezados por el maestro, son los propios alumnos quienes van a elaborarla. No será, probablemente, tan completa y científica como la que figura en los manuales, pero sí más instructiva y mejor asimilada.

El mejor sistema de aprender cómo vivían los hombres primitivos sería, sin duda, el que los propios discípulos lo experimentaran por sí mismos dentro de lo que ello sea factible. Los alumnos tendrían necesidad de documentarse ampliamente sobre el particular. El libro de trabajo les dará orientaciones, métodos a seguir y fuentes a consultar. Lo demás corre a cargo de los propios alumnos.

Con lo dicho es suficiente para darnos cuenta de que estamos muy lejos de lo que se hace en muchas de nuestras escuelas de «enciclopedia». No se nos ocultan las dificultades de todo orden que se oponen a estas innovaciones. Quizá ni siquiera fuera prudente, aunque ello fuera posible, introducirlas en toda su pureza. Lo que sí consideramos factible es modificar la estructura de los textos actuales dando cabida en ellos a algunos de los principios introducidos, o, mejor, aplicados, por estos libros de trabajo a que venimos refiriéndonos. Los maestros necesitan de libros. Utilizan los que están a su alcance. Si fueran mejores y más acordes con los tiempos nuevos no dudamos que los acogerían con su mejor voluntad. Lo que de veras es lamentable es esa tiranía de las «enciclopedias» que observamos en tantas escuelas, en las

que hasta la misma clasificación de los alumnos está hecha en función de los distintos grados de la «enciclopedia». Esta es la que priva, manda y gobierna en ellas. Maestro y alumnos se someten a sus mandatos y exigencias con una docilidad extraordinaria.

Libros de lectura. Entran de lleno dentro de esta denominación las biografías de todo orden, las monografías e incluso las novelas históricas, siempre que se hayan elaborado con el debido respeto a la verdad comprobada.

En las biografías todo gira alrededor de un personaje. La Historia se hace vida, y el alumno, predispuesto por naturaleza a identificarse con el protagonista —siempre dotado de alguna virtud o cualidad ejemplar— siente nacer en él vivas ansias de renovación y superación. Son un fuerte aldabonazo a las tendencias más depuradas del alma infantil y un acicate para su cultivo y desarrollo.

Esta actitud marcadamente afectiva con que el niño suele introducirse en las vidas de los grandes artífices de la Historia debe ser un toque de alerta para que tengamos el cuidado más exquisito en la selección de este tipo de libros de lectura. No todas las biografías son igualmente aptas para el niño y para las distintas etapas del niño. La figura del héroe es particularmente estimada por él en todas sus edades. La del sabio y el santo requieren ya una formación y una madurez de juicio que se adquieren muy tardíamente. Esto hablando en términos generales. En la práctica no faltarán vidas de santos y aún de sabios que sean del completo agrado del niño, aun en edades muy tempranas.

Pero tengamos presente que ni aun todos los héroes, sabios o santos, son igualmente ejemplares para el niño. La ejemplaridad más depurada en todos los aspectos y en todas las etapas de la vida del biografiado deben ser nuestro punto de partida en la selección de estos libros. De lo contrario, el respeto a la verdad histórica —exigencia insoslayable— obligará en ocasiones a poner de manifiesto flaquezas muy sensibles del biografiado que escandalizarían peligrosamente al pequeño lector, con riesgo evidente de que su lectura pierda el carácter formativo que con ella se persigue.

Además de eficaz complemento en la enseñanza de la Historia, las biografías y las novelas históricas pueden ser también —en la práctica lo son con mucha frecuencia— un aspecto más en la enseñanza de la lectura, que no debe abandonarse en ningún momento. Una vez que el discípulo haya vencido las dificultades de esta disciplina instrumental, el maestro debe proporcionarle abundante y variado material de lectura para que se perfeccione y adquiera una auténtica afición por la lectura. Creo que las biografías y las novelas históricas pueden cubrir perfectamente esta segunda etapa de la enseñanza de la lectura. Es lamentable que cuando tantas y tan bellas cosas han sido escritas para ser leídas el niño tenga como único y exclusivo material de lectura la consabida «enciclopedia», que mata la raíz de toda posible afición a la lectura como pasatiempo. Si consiguiéramos que el

niño abandonara la escuela primaria *sabiendo leer* y con una afición bien cimentada por la lectura, me atrevo a decir que se habrían cubierto ampliamente nuestros objetivos. Lo demás vendría por añadidura.

Las monografías no responden, como las biografías y las novelas históricas, a los intereses del niño, pero, en ocasiones, será muy conveniente utilizarlas para fijar su atención en hechos o etapas concretas de una especial significación. Tienen la ventaja sobre el libro de texto de que no se omiten pasajes, detalles, anécdotas que despiertan y mantienen la atención del alumno. Son especialmente útiles como libros de consulta y como fuentes de información en la elaboración y desarrollo de «proyectos» y cuando se utilizan en la enseñanza los «libros de trabajo».

Libros de consulta. Juntamente con los de lectura, los libros de consulta constituyen la base de esa biblioteca escolar que tanto necesitan nuestras escuelas. Son elemento primordial en las escuelas de tendencia activa. En las que hemos denominado de «enciclopedia» tiene una función más secundaria. En general, cuando existen dichos libros de consulta los utilizan tan sólo los maestros para la preparación de sus lecciones. Bueno es que el maestro disponga de un buen lote de libros, cuidadosamente seleccionado y puesto al día, que le serán de mucha utilidad en la preparación de sus lecciones y en la selección de ejercicios de aplicación y afianzamiento. Pero mejor sería que también el alumno pudiera y supiera servirse de ellos para resolver por sí mismo las situaciones e interrogantes que el maestro ha sabido suscitar en él. Le daríamos con ello una verdadera preparación para la vida. Estaría en condiciones de hacer frente a situaciones que la vida le planteará con harta frecuencia.

Condiciones. En todo libro escolar se debe guardar el respeto más absoluto a la verdad científica. No deben contener errores ni expresiones que puedan inducir a error. Esta exigencia, concerniente a todos los libros, es aún más necesaria en la asignatura que nos ocupa. Es cierto que en muchas ocasiones la misma verdad histórica atentaría contra el fin formativo que con ella se persigue. El impacto en el niño de los malos ejemplos que presenta la Historia quizá llegue a la anulación de los buenos. Sin embargo, puede afirmarse que, por lo general, de la verdad no suelen derivarse males. La Historia ha de ser estímulo, como hemos dicho, para la acción y la inhibición. Si nos presenta buenos ejemplos, sean para la imitación; si son malos, procuremos derivar de ellos un saludable escarmiento para las acciones futuras.

La historia de los pueblos distintos al nuestro debe tratarse con toda objetividad, huyendo de la crítica excesiva y el desdén. Será un buen medio de fomentar una honrada comprensión internacional, tan necesaria en los tiempos actuales.

La claridad debe ser otro de los atributos a exigir en el libro escolar. Claridad en la concepción y en la expresión. Ideas claras expresadas en frases cortas y palabras habituales al niño o que las pueda comprender e incorporar a su léxico con relativa facilidad.

La narración debe predominar sobre la descripción. Cuando sea posible introducir el diálogo se estimulará poderosamente la atención del niño. Las ilustraciones deben ser una ayuda para la comprensión del texto.

Se exigirá, asimismo, una cierta estética al libro en

todos sus aspectos: cubierta, título, tintas empleadas, encuadernación, ilustraciones, tipo de letra..., estilo. La sola visión del libro puede o no atraer la atención del niño y predisponerle favorablemente para su lectura. Es un aspecto que no debe ser desdeñado en la selección de un buen libro escolar.

Es difícil para el hombre medio alcanzar una perspectiva histórica tal que el progreso aparezca en sus propias dimensiones. El mosquete que se utilizó durante la Guerra Civil era sólo un modesto avance sobre el que se usó en Waterloo y éste era casi equivalente al de los soldados de Marlborough en los Países Bajos. Sin embargo, las armas manuales de fuego existen desde el siglo XV o antes, y los cañones son anteriores en un siglo. Es dudoso que el mosquete de ánima lisa excediera en alcance al mejor arco, y es cierto que nunca lo igualó en exactitud ni en velocidad de tiro. Sin embargo, el arco es una invención de la edad de piedra que no ha experimentado ningún perfeccionamiento...

Aunque la construcción naval no ha quedado completamente estacionada, el barco de madera, antes que abandonara definitivamente los mares, era una estructura que, en lo esencial, había permanecido invariable desde principios del siglo XVII y que ya entonces tenía una genealogía de muchos siglos. Cualquier marinero de Colón hubiera sido valioso colaborador en los barcos de Ferragut. Aún uno de los que condujo a San Pablo a Malta se hubiera encontrado en su casa en una de las barcas de Joseph Conrad. Un ganadero romano de las fronteras de la Dacia podría ser un *vaquero* competente para llevar ganados de cuernos largos desde las llanuras de Texas hasta la estación de ferrocarril, aunque se asombaría mucho al ver lo que hay allí. El administrador de las tierras de un templo babilónico no habría necesitado ninguna instrucción especial para llevar la contabilidad o manejar los esclavos de una plantación del sur de los Estados Unidos. El período durante el cual la mayoría de los hombres ha estado sometida a repetidos y revolucionarios cambios no empezó hasta el Renacimiento, y la era de los grandes viajes no adquirió la velocidad que ahora consideramos natural hasta bien avanzado el siglo XIX.

Es inútil buscar en la historia primitiva algo paralelo a inventos tales como la máquina y la navegación a vapor, la locomotora, los métodos modernos de obtención de metales, el telégrafo, el cable transoceánico, la introducción de la electricidad, la dinamita, los proyectiles de explosivos de alta potencia, el aeroplano, la válvula termoiónica y la bomba atómica. Los descubrimientos metalúrgicos que anuncian la edad de bronce no se acumulan de tal manera en lo temporal, ni son tan diversos, como para poder establecer una analogía. Está muy bien que el economista que se ocupa de los tiempos clásicos nos asegure suavemente que son simples cambios de grado, incapaces de invalidar un paralelismo histórico. La diferencia entre una dosis terapéutica de estricnina y otra mortal es también sólo de grado.

Tanto la historia como la sociología, en cuanto ciencias, se basan en la idea según la cual los diversos casos especiales tratados tienen una semejanza suficiente para que los mecanismos sociales de un período sean aplicables en otro. Sin embargo, es cierto que toda la escala de los fenómenos ha cambiado tanto desde el principio de la era moderna que se excluye cualquier aplicación fácil a nuestra época de los criterios políticos, sociales y económicos derivados de otras. Es casi evidente en el mismo grado que el período moderno, iniciado por la época de los descubrimientos, es altamente heterogéneo.

(NORBERT WIENER: *Cibernética y Sociedad*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1958, páginas 41-43.)